



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Broma conyugal.



—«Sí, señorita; es usted el imán de mi corazón; soy la mariposa que revolotea en derredor de la luz de sus hermosos ojos, la abeja que ansía libar el polen de sus labios...»
¿Eh? ¿Qué te parece el parrfíto este?

—Lo más cursí que se le puede ocurrir á un majadero.

—¿A un majadero?

—Seguramente.

—Pues, hijo, ésta es la segunda carta que me escribiste...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—A mal vino mucho aire, por Eduardo Bastillo.—Querido amigo..., por Sinesio Delgado.—Angelito!, por Juan Pérez Zúñiga.—La condición, por José Estremera.—Desiderata, por Clarín.—Mendacidad, por Eduardo Navarro González.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Broma conyugal, por Cilla.—Imprudencia temeraria (dos viñetas), por Mecachis.—La diplomacia marroquí (cinco viñetas).—Desiderata (dos viñetas).—La percha (cuatro viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Para mejorar el servicio doméstico, que cada día es peor, según afirman las señoras de su casa, la autoridad precisa dictar disposiciones y establecer reglas que sirvan de garantía al vecindario.

Buena falta nos hace el auxilio oficial, aquí donde hay criadas que no saben freír un par de huevos con delicadeza.

Aparte de esto, toda señora de su casa se expone a tomar una sirviente, creyendo que es limpia y económica, y después resulta que no hay tal limpieza ni tal economía. La mayor parte de las criadas son enemigos domésticos, que rompen la loza con el único propósito de menoscabar nuestros intereses y herir nuestros sentimientos íntimos.

—Petra, tenga usted mucho cuidado con este barreño, que es un recuerdo de familia—se les dice.

Y ellas *¡tras!* lo rompen inmediatamente, para destruir todos aquellos objetos que nos son gratos.

Respecto de la limpieza, dejan mucho que desear. Hay criada que limpia los platos con la mata de pelo que le es propia, y alguna llega a emplear en esta operación los calzoncillos del señorito, cuando están a punto de que se los lleve la lavandera.

Para bien ser, toda criada debiera someterse a una observación rigurosa, o tomarla a prueba como el requesón de Miraflores. Esto es lo que hace D.^a Gertrudis, y se evita muchos disgustos.

—A ver, métase usted en su cuarto—dice a la criada cuando es nueva.

—¿Por qué?

—Porque sí. No tengo obligación de dar a usted cuenta de mis actos.

La criada obedece y D.^a Gertrudis se pone a observarla por el ojo de la cerradura.

—¿Qué hace?—le pregunta el esposo.

—En este momento se está mirando las pulgas—contesta doña Gertrudis.

—¿Has notado disposición en sus movimientos?

—Sí; parece bastante lista. Las caza con mucha soltura.

Otras veces D.^a Gertrudis llama a la chica al gabinete y le dice:

—Súbase usted a esa silla y tírese usted de golpe. Necesito saber si es usted ágil.

Al cabo de dos o tres semanas de observación, D.^a Gertrudis se convence de que la criada sirve y entonces le entrega los fuelles y el cogedor, pero hasta tanto permanece estudiando el carácter de la muchacha.

Si todas las señoras empleasen el mismo sistema, no nos veríamos expuestos a encontrar pelos en la sopa ni habría en nuestra sociedad tantos rostros paliduchos, víctimas del condimento nocivo de las criadas.

—¿Qué tiene usted?—preguntamos a lo mejor a un amigo tétrico.

—¡Una criada que me asesina!

—¿Le pega a usted?

—Poco menos; me pone unos *bisteques* imposibles. Tengo uno de pie en el estómago desde el miércoles de ceniza y no hay Dios que lo haga sentarse.

Bien hará el gobernador en organizar el servicio. Yo tuve una cocinera el año pasado que freía la merluza con cables de vela, para

guardarse el aceite, y todas las tardes se ponía a cantar *El día de la Africana* acompañándose con las tenazas. Cuando me decidí a despedirla, cogió la escoba y quiso acabar con mi familia.

* * *

La racha de los suicidios continúa.

Unos se envenenan, otros se hunden un puñal en el seno y otros se quieren tirar por el viaducto y no lo consiguen, porque los guardias protectores vigilan y cogen al suicida por las enaguas si es hembra, ó por rabillo del pantalón si pertenece al otro género.

En la mayoría de los casos el suicidio reconoce por causa la miseria.

No hace muchas noches que los guardias encontraron en una plazuela a un pobre hombre luchando con el hambre y a punto de sucumbir.

—Oiga usted—le dijo uno de los guardias.—No se muera usted aquí, que es una vergüenza para la autoridad.

Se le llevaron al hospital para que expirase en secreto y para que no supiera la gente que, mientras algunos desdichados sucumben por falta de alimentación, la Casa de la Moneda acuña siete u ocho medallas de oro, valoradas en quinientas pesetas cada una, para repartirlas entre unos cuantos caballeros de viso.

Los que viven bien, á Dios gracias, son los timadores.

Todos los días sale á luz algún sujeto, disfrazado de portugués, ó de comisionista, ó de ladrón á secas, y para en la calle á algún cándido palomo.

—¡Hola! ¿Está usted bueno?

—Bueno, ¿y usted?—dice el palomo.

—Yo bueno, gracias; ¿y la familia?

—No tiene novedad.

—Me alegro. Pues yo quería cambiarle á usted el dinero que lleva en el bolsillo.

—No se moleste usted.

—No es molestia; al contrario.

Y tal mafia se da el timador, que el palomo le entrega todo cuanto lleva encima, á cambio de un cartucho.

—No abra usted esto hasta que yo me aleje—dice el timador.

—Vaya usted tranquilo, que no lo abriré.

El palomo espera que el otro se pierda en el vacío para romper el cartucho. Entonces nota que en vez de dinero le ha entregado dos docenas de tachuelas, ó media libra de munición, ó un poco de queso manchego; corre en busca de los guardias, que le dicen con la mayor naturalidad del mundo:

—¡Ah! Vamos, sí. ¿Le han dado á usted un timo? ¿Qué se le va á hacer! Son cosas que pasan...

Y hasta otra.

Luis Taboada.

* * *

A MAL VINO MUCHO AIRE

En la taberna del Puerto, con la garganta en remojo, están mano á mano el *Tuerto* y su compañero el *Cojo*, cuando entra el *Despaldillao* que busca, en su holganza eterna, el negro y vinoso vaho que se aspira en la taberna.

Nunca un céntimo ganó, y, ocioso y vicioso y bajo, si él bebió, no lo sacó del manantial del trabajo: que, extremado en lo ladino, desde el miércoles al martes devoto es del dios del vino que ofrecen por malas artes gentes que en la oscuridad viven de golpes de audacia, y le rinden su amistad porque él la explota con gracia.

Cuando la taberna pisa y el torcido cuerpo asoma donde, entre blasfemia y risa, el vicio es mortal carcoma, el *Tuerto* abre mucho el ojo porque el *Cojo* enseña un duro que ha sacado en limpio el *Cojo* de algún *ñimo*, de seguro.

Y el *Tuerto*, socio industrial del que *ñima* y del que *atraca*, y consultor muy formal del que así el dinero saca; con sus aires de consocio y usando de hábiles tretas, ya está tramando un negocio para las cinco pesetas.

Y cuando la industria práctica convence al capitalista, y el *Tuerto* ofrece en su táctica hacer del *Cojo* un rentista, con la colilla en la boca el *Despaldillao* se acerca, el duro en cuestión coloca en su mano larga y puerca, y dice: «¡Tenemos guita!» Pues ya la estamos corriendo, y venga una *juerguicita* de esas que sólo yo entiendo.»

Se opone el *Tuerto*; su enojo mostrar el *Cojo* pretende; en el cigarro del *Cojo* se colilla el otro enciende; y á las tres vueltas que al duro da el *Despaldillao* muy listo, al *pelón* más impuro le llaman sangre de Cristo.

Tanto gasto hay que pagar
y al duro exigen tal mengua,
que echa *el Cojo* á mal andar
hacia la *bronca* su lengua.

Gritos, resistencia al pago,
dos guardias que llama un chico,
y, tras el último trago,
mis héroes *al Abanico*.

Eduardo Bustillo.

★
QUÉRIDO AMIGO...

En el dolor inmenso
que juras que te aflige,
la inspiración buscando
te estrujas y te exprimes.
Tú quieres, pobre iluso,
que la áurea lira vibre
y en lastimeras notas
tus hondas penas pinte.
La pluma rompe, Fabio,
porque eso no es posible;
¡las llagas del espíritu
se sienten, no se escriben!
Dirás que muchos otros
lograron ser insignes
contando sus pesares
en verso *atado* ó libre,
y hay libros en que el genio
dejó huellas sublimes
rimando de sus penas
las impresiones tristes.
Verdad; mas de esos ayes
y de esas quejas, ríete,
lo mismo que en los dramas
cuando á una madre mires
que al ver al hijo muerto,
como el dolor la rinde,
prorrumpe, en redondillas
sonoras y difíciles,
á hablar entre sollozos
de perlas y rubíes,
de florecitas lacias
y análisis y síntesis...
Se pintan, ya lo creo,
las ansias que se fingen,
los celos que se inventan,
los lazos que no oprimen,
y á veces logra el numen,
con mágicos perfiles,
que al verdadero duelo
la falsedad imite;
pero no intentes, Fabio,
que puedan traducirse
las propias amarguras
en las cuartillas vírgenes.
¿Podrás, cuando las fibras
del corazón palpiten
y el alma te desgarran
puñales invisibles,
buscar palabras huecas
que el verso vigoricen,
cazar los consonantes
y acentuar las fes?
Podrás, si acaso, en calma,
pasada ya la crisis,
hallar amargos dejos
en tus recuerdos tristes;
pero llorar de veras
con el forzado timbre
que han de imponer al llanto
los puntos y las tildes,
no lo pretendas nunca,
porque es tan imposible
como domar leones
con un junquillo humilde.
¿Quién al compás ajusta
la vida que se extingue,
las penas que atenazan
y el alma que se rinde?
¿Las lágrimas te ahogan?
Pues en silencio gime,
y á solas el embate
de tu pesar resiste.
Si escribes, ya no sientes;
si sientes, ya no escribes;
porque el dolor... no pasa
por que lo versifiquen.

Sinciso Delgado.

IMPRUDENCIA TEMERARIA



¡Á la una, á las dos, á las!



¡Tres!

¡ANGÉLITO!

—Ven acá, chiquitín de mi vida.
Ven aquí, que tu padre te llama.
Vamos, dime, ¿qué tal ese baile?
¿Qué tal has hallado la alegre Piñata?
Dime qué es lo que más te ha gustado.
Dímelo, porque ya tengo gana
de saber lo que te has divertido
durante esa fiesta que sale tan cara.
¿Te han gustado las niñas de Robles
con sus trajes de sota y de carpa?
¿Te han gustado los niños de Ortega
vestidos de perro, de mono y de guardia?
¿Te ha gustado la más ¡queñita
de las hijas de Arturo Mandanga
con el traje de espárrago virgen
que tanto llamó la atención en su casa?
¿Te han gustado las luses sin cuento
chiquitinas, brillantes y claras
que salían de aquellas peritas
cubiertas de bombas rojizas y blancas?
¿Te han gustado las piezas de baile
de la orquesta que nunca se cansa
y los cromos aquellos tan lindos
que al paso cogían los niños que entraban?
¡Pero, calle! ¡Ya he dado con ello!
Puede ser que quizá te gustaran
más que todo los ricos bombones
que os dió aquella niña vestida de rana.
Nada habría mejor que los dulces.
¿No es así?

—No, papá de mi alma.
¿Sabes qué me ha gustado en el baile
del modo que gustan las cosas que encantan?
La Pilar.

—¿La niña del Conde?
—¿Qué niña, ni qué calabazas!
La aguadora que está en el teatro,
que es una flamenca más gorda y más guapa!...

Juan Pérez Zúñiga.

LA DIPLOMACIA MARROQUÍ



—No te escapas, perro. ¡Jaque al rey!
—Mi mayor placer sería ¡oh poderoso cristiano! que te saliera bien la jugada, pero ¡guáy! mi deber es colocar delante este caballito para evitar el mate...



—Bueno, pues, ¡mal rayo! ¡A la reina!
—Desearía complacerte ¡oh dulce enemigo!, pero me veo obligado á impedirte el avance con este alfil.



—¡Caramba! pues... ¡a la torre!
—Tampoco ¡ay de mí! puedes comer la torre ahora, porque puedo correrla á este lado...



—¡Maldita pesadez! Pero me vas á dar ese alfil.
—Lo haría con mucho gusto, pero tengo aquí un peón que no me permite servirte por ahora.



—¡Ira del cielo! Pues por lo menos me como el peoncito ése.
—Eso sí, ¡bendito sea Alá! Ahora puedes salirte con la tuya, pero ¡ay de mí! en cambio me veré obligado á comerte otro de los tuyos.

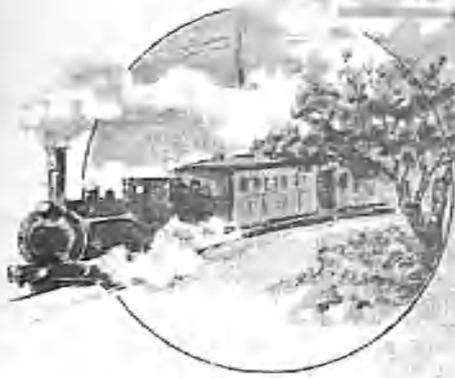
LA CONDICIÓN

Micifuz, el gato negro,
y Zapirón, el romano,
en casa de doña Tecla
vivían con gran regalo.
Tomaban su chocolate
por la mañana temprano;
el cocido al mediodía,
de noche bizcochos blandos.
Y aunque siempre perezosos
andaban, de puro hartos,
aún tenían un anhelo
que nunca vieron logrado,
y era el de almorzarse un día
dos lindísimos canarios
que de su dueña y señora
eran la gala y encanto.
Pasaban horas enteras
quietos y tristes, mirando
las jaulas en que vivían
los dos pajarillos gárrulos.
Sorprendiólos doña Tecla
un día y les dijo:—¡Bárbaros,

después que vivís ahitos
y de puro regalados
ni podéis cazar ratones
ni subiros al tejado,
aún acecháis á mis pobres
pajaritos! ¡Voto al chápulo!
¿A mis pájaros? ¡malditos!
—¡Pero, señor, si son pájaros!
—Mira, dijo á la criada
doña Tecla, agarra un palo
y á esos pícaros morrongos
no les dejes hueso sano.
—Déjelos usted, señora,
¡pobres!

—No quiero dejarlos
para que no se merienden
cualquier día mis canarios.
¿Te parece á ti que es justo
que, después que los mimamos,
aún descen pajaritos?
—¡Pero, señor, si son gatos!

José Estremera.



Desiderata. (1)

I

LA FIESTA DE CAMPOAMOR.

(A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO EDUARDO DE PALACIO)

...No faltó quien censurase esta parte del programa, la más costosa, sin duda, la más expuesta á contingencias, pero no la menos nueva, agradable y significativa. Un periódico decía:

«Hasta aquí todo ha estado bien... ¡pero el viaje! ¿No temen ustedes que se nos agüe la fiesta? En Asturias llueve mucho.»

Pero los augures se han equivocado: Campoamor, por lo visto, tiene, como Augusto, dividido el imperio con Júpiter Tonante. El cielo de Asturias fué, durante toda la excursión, como el cielo de Andalucía ó de Murcia. «El cielo no es el de aquí, decía la comisión, nos lo hemos traído de *Matamoros*.»

Pero empezemos por el principio. Campoamor llegó á la estación en carretela descubierta.

*«Antes que huyera el sol de las estrellas,
Llegaba á la estación entre tres bellas
en coche empavesado de sombrillas.»*

Las tres bellas eran: la señora de Cánovas, á la derecha de Campoamor, y enfrente la duquesa de Alba y la señora de Pardo Bazán, la ilustre escritora.

En la estación esperaba el *todo* Madrid de todas las clases sociales, no sólo el de las consabidas aristocracias. Hubo una ovación... y se pasó al andén. La inmensa comitiva había asaltado los coches salones, las berlinas-camas, aunque ocupando cada cual el sitio que le correspondía. Allí iba la flor y nata de la aristocracia de la sangre y de la hermosura, del talento y de la riqueza. La malicia pensaba que no todo era entusiasmo, que muchos iban á Asturias por el placer de viajar cómodamente, es decir, de gorra. Otros murmuraban: «Estos asturianos son el diablo; no dan puntada sin hilo; llevan, ahora que empieza el verano, á medio Madrid rico para que vea los valles y playas del Principado, que no conoce nuestra gente adinerada, y se enamoren del país, y compren allí terreno y hagan hoteles, y se abonen á pasar en Asturias el estío y el otoño...»

(1) Cuentos de futura. Forman serie. Uno de los próximos á publicarse lleva por título *Castejar en Covadonga*; otro, *La Pardo Bazán en la Academia*.



—¿Adónde va usted, amigo Viajeras? le gritaban á un mestizo, que ya estaba acomodado en un coche.—A nuestro feudo, contestó con gracia el pidalino.

Las señoras que lo habían iniciado todo, pese á los reparos y censuras, estaban muy satisfechas.

No había más que examinar el tren, para hacer callar á la crítica. El principal argumento que se había presentado contra el viaje era éste: ¡Pobre Campoamor! ¡A su edad, con sus achaques, hacerle emprender un viaje tan largo! ¡Cerca de veinte horas de tren!

Pero las damas ilustres demostraron lo que querían como Diógenes el movimiento; andando, es decir, volando... el tren; mas Campoamor y toda la compañía, quietecitos, muy á gusto, como si estuvieran en el Teatro Real en el palco de la reina. Caro costó todo aquello, á pesar de las muchas cosas que facilitó gratuitamente la empresa; pero el resultado fué excelente. Tales manos lo halaron. Aquellas señoras ilustres mandaban en sus respectivos maridos ilustrísimos, que aconsejaban á la empresa que se portara espléndidamente.

Y así fué: el viaje de Madrid á Oviedo fué una fiesta palatina, hasta sin trepidación, hasta la hora que debió serlo; después (en paseando de Valladolid) fué un tranquilo sueño en suaves plumas, y al amanecer (ya un poco tarde) fué una *matinée* poética, de sueño de hadas... atravesando aquel puerto de Pajares, ante cuyas maravillas naturales los muchos expedicionarios que no lo conocían enmudecían de asombro (y un poco de miedo).

Campoamor, que había madrugado, después de dormir como un patriarca, asomado al corredor del break de cola, hacia los honores de su provincia á tantos insignes viajeros, al entrar en la tierra asturiana. Y dirigiéndose á Cánovas y á Núñez de Arce, conmovidos ante la solemne belleza, les dijo:

—Las montañas hacen sentir, como la gran arquitectura, ¿verdad? Por algo la religión antigua une el culto casi siempre á una montaña...

Balart, que estaba presente, «Oigan ustedes,» dijo, y recitó con hermosa entonación:

*Les nuages roulaient dans la lueur hagarde,
Noir troupeau que le vent lugubre a sous sa garde,
Et dans la profondeur blême au dessous de moi,
Si bas que tout mon être en frissonnait d'effroi,
J'aperçus un sommet par une déchirure...*

—La visión de las montañas, de Víctor Hugo, interrumpió Cánovas, ¡magnífico!

—Sí, exclamó Sánchez Moguel, que se había deslizado, como una errata, en el *tren de las musas*, ¡magnífico! *Toda la lira*, última serie, las Siete Cuerdas, página 5, París, 1893, Maison Quantin.

—¡Bien, Moguelito, bien! dijo Campoamor, que aquel día amaba todo, y le dió unas palmaditas en la espalda al erudito.

Y Cánovas, mirando á Moguel, exclamó en tono profético:

—Tú serás con nosotros en el paraíso... es decir, en la Academia.

—¡Las montañas! murmuró Núñez de Arce, que entre la Perruca y Moguel, estaba por la Perruca. ¡Las montañas!... La primera

vez que el gran poeta ruso, Fonckina, que era de la estepa, sin fin, vio una montaña, ese Cáucaso de que habla Víctor Hugo, dicen que se conmovió tanto que rompió a llorar...

—De Vogue, *sí supra*—Interrumpió Moguel, borracho de alegría con la promesa de Cánovas.

—Sin embargo, según Núñez de Arce, la llanura tiene también sus encantos... Y el poeta del *Idilio* y de tierra de Campos, ó por allí cerca, se extendió en una elocuente defensa de la meseta castellana: En aquella descripción, llena de poesía y de cariño, (ba el alma de sus recuerdos...

Campoamor se puso un poco triste. Contemplaba en Asturias tan romántica en geología, tan virgílica en la superficie, con ternura... y cierto remordimiento.

¡Qué pocas veces había notado él la hermosura de su patria! Zorrilla, un viajero, se le había adelantado, *El Bufón de Vidingo*, *El Cantar del romero*, se le aparecieron como fantasmas musicales.

Balart, como adviniéndole, los recitó de memoria...

Y Campoamor se prometió, en silencio, consagrar á la naturaleza asturiana uno de sus últimos poemas.

En la estación de Piornos hubo un pequeño perezoso: Moguel, siempre erudito, se bajó á recoger notas en la biblioteca de la cantina, y el tren echó á andar sin él.

—¡Que paren! ¡que paren! gritaban algunas señoras.

—¡Dejen ustedes, dijo Cánovas, que ya parecerá en la zopala! Y volviéndose á un grupo de caballeros, añadió por lo bajo: La verdad es que es un hombre...

—¿Qué dice usted que es?—preguntó la duquesa de Alba.

—Nada, señora... que ese Moguel es un hombre... incunabla.

Se me olvidaba decir que en Valladolid, al detenerse el tren, los cultísimos paisanos de Zorrilla y de Núñez de Arce rindieron el homenaje de su cariño y admiración al poeta asturiano; lo mismo sucedió en León y en otras estaciones, donde esto fué compatible con el descanso. Moguel recordó á este propósito los viajes triunfales de Juan Pablo Richter por las ciudades y aldeas de Alemania, y el de la barca que por el Ródano abajo conducía el féretro de Fernando Lassalle, cuyos restos salían los pueblos riberaños.

Llegó el tren de las musas á Oviedo, la capital de Asturias.

Oviedo, que podría ser una Atenas en pequeño sin la oposición de cierto elemento pseudo-levítico, y sin la apatía para lo estético y lo científico de cierto elemento rico y nuevo, Oviedo de gala, se dejó, con la alegría de sus días de fiesta, el Oviedo del martes del bulo (Pascua), estaba en masa puede decirse, esperando á su poeta. Su poeta, porque Oviedo, para tales cosas, representa á Asturias.

Ante aquel entusiasmo, Campoamor, en pie, como un rey, en el estribo de su coche, sintió el *corazón en la garganta* y agua en los ojos. Bien lo sabía; aquella *entrevista* era además una reconciliación. Él había cometido el pecado de no volver por Asturias en muchos años; Oviedo había estado con él un poco frío, pero eso antes; ahora... le ofrecía albergue en un verdadero templo del arte, en un magnífico edificio moderno que se llamaba *Teatro de Campoamor*.

Pidal ¡qué diablo! hablando y recibiendo al poeta en nombre de Asturias, al frente del claustro universitario, y de otras muchas corporaciones, exclamó, al estrechar la mano de Campoamor, en voz muy alta:

—Ahora, ¡á la catedral!

—Eso es, pudo murmurar Campoamor; á dar gracias á Dios, antes de ser tan buenos, y yo por no sentir al refina bajo el peso de tanta honra... y con tantas horas de viaje.

—A la catedral, dijo una voz vibrante, nerviosa; y después á saludar á Jovellanos ante su humilde monumento de San Pelayo.

El que habló así recibió una salva de aplausos. Era el senador por la Universidad, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, nieto de Asturias por agnación rigorosa.

Y después de hacer todo esto como se dijo, la comitiva, seguida del pueblo, atravesando calles alfombradas de flores, convertidas en palomas y en paraíso mahometano por la multitud de palomas y de hermosísimas asturianas, llegó entre vivas y aplausos al palacio de Campoamor, al *Teatro de Campoamor*, cuyas suntuosas dependencias había convertido el Ayuntamiento, sin gran esfuerzo, en lujoso alojamiento para los principales personajes de la expedición madrileña. Tanto lujo no había costado casi nada; el teatro no necesitaba adornos ni preparativos arquitectónicos; los muebles los habían prestado las clases acomodadas, que en Oviedo son amables, rumbosas y ricas.

Pepe IX, D. José Longoria, actualmente concejal, antiguo alcalde popularísimo nueve veces, se multiplicaba, estaba en todo. Sabía recibir á un poeta como había sabido recibir á los reyes. Además, estaba allí en jefe, Cánovas, y Campoamor, además de escribir perfectamente... era conservador.

Hubo comida, que puede llamarse regia, en el soberbio *foyer*, salón digno de un gran palacio. Después velada popular en el salón del *Bowód*, en el campo de San Francisco, acaso el mejor parque de España.

El día siguiente se consagró á visitar todo lo digno de visita: los templos románicos del *Naranco*, la fábrica de armas, que estaba construyendo fueras en castelano á toda prisa y en abundancia... los alrededores, las fábricas... cien cosas más.

Y de noche... la velada en el teatro. Allí en la última el retrato del poeta presidía la función. La gente de Madrid, al ver la elegante, lujosa y espléndida sala, radiante de luz y con aspecto de *Teatro Real*, daba la enhorabuena á los ovetenses que tan hermoso teatro tenían. Campoamor veía complacido la inicial de su nombre por

todas partes en letras de oro, en bordados de seda. Aquello no se había improvisado. Oviedo le había tributado aquel homenaje sin pensar en que él pudiera verlo algún día.

La compañía de Mario, que estaba en Oviedo desde hacía dos semanas, y había estrenado con gran éxito una comedia de Vital Aza y representado *Mariana*, *Realidad*, *El hijo de don Juan* (reformado, y que gustó mucho), *La loca de la casa* y *La de San Quintín*, todo ello con muy buen éxito, digo que la compañía de Mario puso en escena *Cuervos y locos*, de Campoamor. ¡Qué revelación! El público madrileño y el ovetense no conocían, en su mayoría, el drama lírico de D. Ramón. Era una maravilla de ingenio y de ternura, de poesía... sin condiciones escénicas, según los sabios, pero que daba gusto verla. Sin embargo, como los sabios, pero que tuvo que confesar que la escena muda entre la monja (ó lo que sea) y el loco era *teatral*, como ella sola; y además, hacía llorar, que era lo principal.

El entusiasmo fué unánime, delirante. La *Guerrero* era la hermana de la caridad. Estuvo sublime. Campoamor tuvo que salir á escena veinte veces; la ovación parecía la de un gran estreno; se aplaudía, no porque se celebraba la fiesta de Campoamor, todos olvidados de esto en momento, se aplaudía la belleza del drama y nada más.

Después Campoamor leyó un poema que había improvisado aquella mañana muy temprano paseándose á solas por el bosque de San Francisco. Se titulaba *El poeta prodigo*.

Era él que volvía á la patria chica, él que había sido en su juventud y en la edad madura más amante de la *psiquis* que de la naturaleza; pero que ahora, al declinar de la vida, comprendía mejor las voces de la tierra. De la Asturias que él había dejado ya no quedaba nada más que las piedras; pero ¡lo que le decían las piedras de su tierra á Campoamor! El poema acababa en una humorada, pidiendo al Ayuntamiento de Oviedo, puesto que él, D. Ramón, era *más agricultor que poeta*, la plaza de *Jardinería del Camigo de San Francisco*. No recuerdo las palabras textuales del final, pero venían á ser una cosa así:

Y de este renovado paraíso

ángel guardián, con fuero y sin espada,

dejaré á los amantes, si es preciso,

fingiendo, aunque lo vea, no ver nada,

que en la noche estrellada

vengan á susurrar cantos de amores,

como entre estos arbustos canta el viento;

y, con perdón del sabio Ayuntamiento,

olvidando *la multa* y sus rigores,

dejaré á Margarita coger flores,

que dicen de su amante el pensamiento,

Y porque acudan muchas al reclamo,

yó, gran floricultor, desde ahora digo

que las flores del huerto de este amigo

dirán siempre *que sí; te amo, te amo...*

¡Cómo relatar todas las excursiones, todos los festejos con que se celebró la estancia de Campoamor y sus nobles compañeros en Asturias! Para concluir, me concretaré á lo principal y procurraré ser conciso.

Mientras muchos de los excursionistas se esparcieron por todo el Principado, cada cual guiado por sus aficiones, y unos fueron con Pidal á cazar á los puertos, otros á visitar los grandes centros industriales, las minas, etc., etc., el núcleo principal de los viajeros y muchos asturianos acompañaron al poeta en su viaje á Navia, al *lugar de Vega*, al pueblo de su madre, de su infancia, donde oyó el canto del *amor imposible* á la golondrina locuaz del *Drama universal*.

«Cuando al compás de tu canción mi hermana me columpiaba á un lado y otro lado.»

El tren llega á Avilés, la patria de aquella Andrea que fué alcaldesa y se peinaba pelo arriba, pelo arriba,

lo mismo que si fuera una duquesa.

En Avilés muchas carretelas de lujo se llenaron de expedicionarios, y se emprendió el viaje por la hermosa carretera de Pravia.

Al llegar á Soto, al dominar el panorama sin igual de la desembocadura del Nalón desde el palacio de Ponte, al ver el castillo, la Arena, San Esteban, perspectiva ideal amada por muchos célebres pintores, los madrileños prorrumpieron en gritos de entusiasmo. Balart, que casi servía de cicerone, porque ya conocía aquello, tuvo que recitar su preciosa *Salutación á Asturias*. Y aquellas damas nobles y ricas, aquellos señores pudientes é influyentes, juraron á una llenar de *chalets*, de hoteles y quintas de recreo aquellas comarcas asturianas desconocidas del *snobismo* europeo y, lo que es más triste, de las clases privilegiadas de España. «Lo que había en España y no lo sabían! El verano se había hecho para pasarlo allí.»

Moguel, que ya se había incorporado otra vez á la plana mayor, recitó de memoria el capítulo que Humboldt consagra en el *Cósmos* (traducción española de D. Quintero) á la historia del *sentimiento de la naturaleza* en la edad moderna.

En el Pito, otra hermosa perspectiva sobre el mar, descansó la comitiva en el artístico y suntuoso palacio de los Sree. Señas, quienes, siempre amables y entusiastas del arte, agasajaron á los ilustres huéspedes, los cuales pudieron admirar las maravillas que el pincel del malogrado Plasencia dejó como un testamento en aquellos techos y paredes.

Y al *lugar de Vega*, á la *cuna del poeta*... llegó éste solo, pues Balart, que le acompañó, iba pensando en sus cosas. (*En aquellas que guarda para sí solo.*)

Lo que á los setenta años piensa y siente un gran poeta que

vuelve á ver, en una aureola de gloria, el lugar en que nació, y del que vivió ausente casi toda la vida... lo que Campoamor pensó y sintió en Vega, ni yo lo sé, ni he de procurar profanarlo tratando de presumirlo.

Sólo diré que, al volver á incorporarse á la comitiva, su rostro resplandecía, como el de Moisés cuando bajaba del monte de sus místicas soledades.

Y á la Pardo Bazán, que le preguntaba

—¿Qué le ha gustado á usted más en todas estas fiestas?

le contestó D. Ramón:

—Lo primero, lo único, mi visita á mi cuna, cerca de la sepultura de mi madre... Después la *kermesse* de Madrid, aquella feria de caridad en que todas ustedes, la flor de la hermosura y del talento femenino, sonacaban el dinero de los ricos para los asilados de Beneficencia, que debieran ser mis compañeros si hoy los poetas lo fuéramos de verdad, como Homero. Además, la *kermesse* me halaga, porque los episodios de mi *Drama universal*, que no son bas-

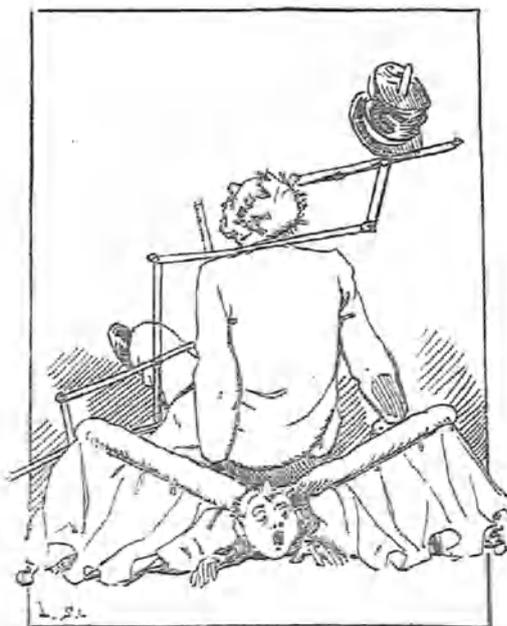
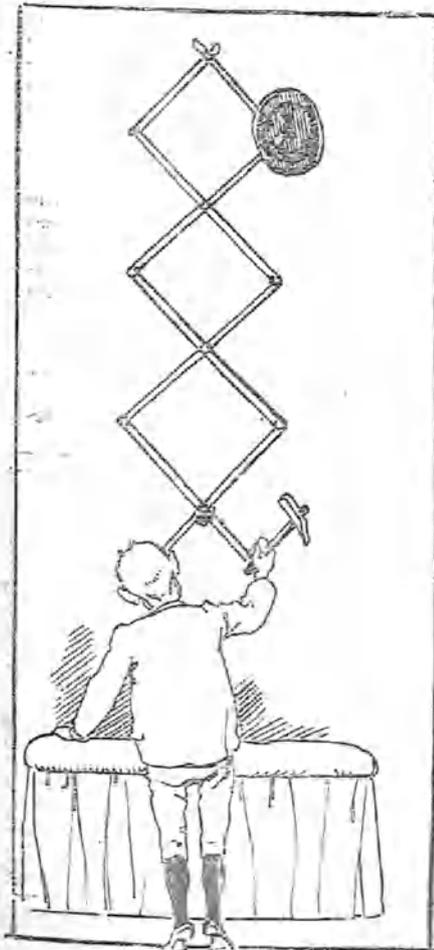
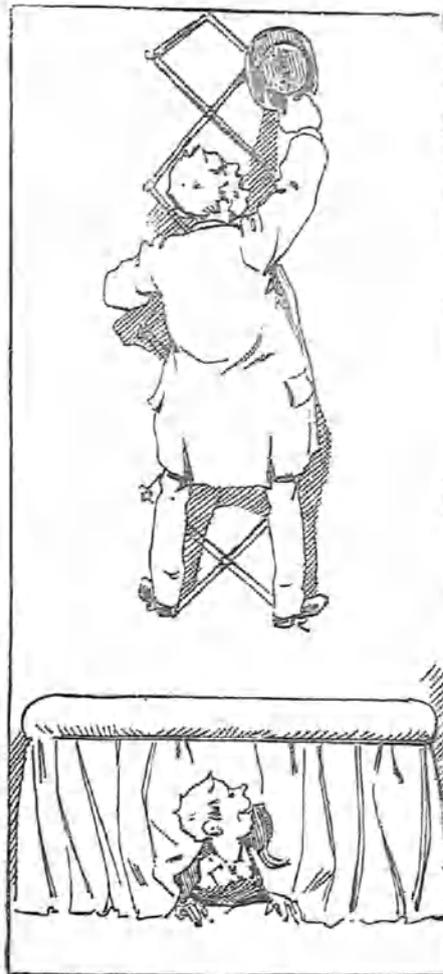
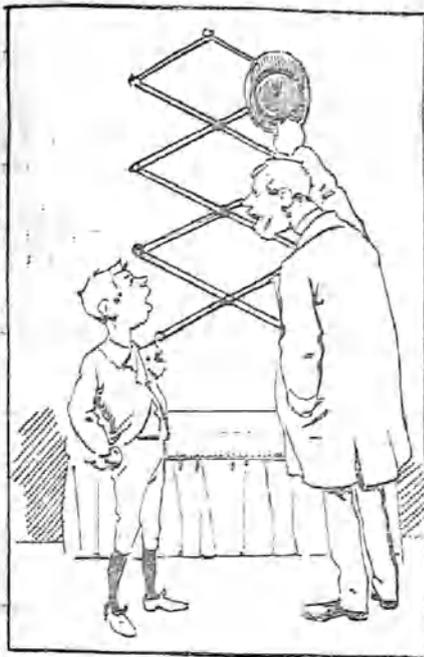
tante conocidos, lo serán ahora en las tablas, en los dibujos y acuarelas con que los han inmortalizado todos esos ilustres pintores que han retratado de balde mis ensueños de poeta.

Canovas, con otros muchos, se había escapado á Covadonga, y al pie de la misma cueva, decía á su auditorio, que escuchaba con religioso silencio:

«Señores, soy el primero en alegrarme de estas fiestas con que honramos á nuestros poetas, por el invierno á Núñez de Arce, por el verano á Campoamor; lo aplaudo. Pero ¿no hay más que poetas en España? ¿No hay grandes oradores? Y en este lugar, dos veces santo, santo por la fe y santo por la patria, ¿quién no se acuerda del orador patriota por excelencia? Señores, consagremos una gran fiesta á la oratoria política, patriótica, en la persona de Emilio Castelar... El verano que viene, otra excursión á Asturias para oír el gran discurso de *Castelar en Covadonga*» (Grandes aplausos, repetidos por los ecos profundos de la sagrada cueva...)

Clarin.

LA PERCHA



MENUDENCIA

La duquesa de San Bobi, aristócrata muy vieja, muy linajada, muy rancia, y muy flaca, y muy enteca, orgullosa de sus títulos y de su antigua nobleza, en una función de gala en su palco se presenta con un descote tan bajo, mostrando las carnes secas, que una marquesa, su amiga, dice riéndose al verla: —¡Pergaminos tiene muchos, pero bien nos los enseña!

E. Navarro Gonzalez.

CHISMES Y CUENTOS

¿Creían ustedes que aquel cañoneo lento, pero continuo, del *Con te de Venadito* sobre las *terribles hordas* de rifleños no iba á parar á ninguna parte?

Pues ha ido á parar á lo siguiente: «En el ministerio de Marina se da como segura la construcción de una escuadrilla de veintitres cañoneros, de los cuales quince serán de 500 toneladas y ocho de 150.»

Muy bien, ahora, con eso, gracias á Dios, ya tenemos marina.

Y... allá va la parte más lastimosa: «Con motivo de los sucesos de Melilla y de los *combates navales* que se han verificado en aguas del Riff, el Sr. Pasquín tiene el proyecto de crear veinte nuevos capitanes de navío...»

De modo y manera que si el combate de Lepanto nos coge con el actual ministro de Marina, somos almirantes todos los españoles aptos para el servicio, antes de una semana.

¡Hossanna in excelsis! Ha habido un día ¡dies magna! en que la renta de consumos tuvo un alza de 18.115 pesetas.

Falta saber la baja que sufrió el año anterior con igual fecha.

Porque como hace dos años justos que andamos trompicando...

Y todo es relativo en el mundo. Esas diez y ocho mil pesetas de alza puede que representen veinte mil de baja con relación al setenta y tantos.

Se ha averiguado una cosa sumamente importante:

Que el sultán dedica los jueves á sus mujeres.

¡Los jueves nada más! ¡Y luego echaremos pestes contra los árabes!

Quisiera yo que á un cristiano le dieran, no doscientas señoras, sino una docenita escogida nada más, y veríamos si le quedaba tiempo para dar audiencias.

Leo con asombro:

«El moro Anadí espera el regreso del general Martínez Campos y la declaración definitiva de la paz para ir á Europa con el prestidigitador Ay-cardi, á fin de exhibirse con Mariguari en circo y teatros.»

«Si estaba visto que en cosa de tfores habla de acabar todo eso!

Segunda parte, que es la más lastimosa:

«Y un industrial del Polígono tiene el propósito de exhibir también al heroico soldado San José.»

De esto ya no me atrevo á hacer comentarios.

Héganlos ustedes.

Ya tendrán ustedes noticia de la partida de *Conserria*.

La componen unos cuantos ciudadanos elegantes, cariñosos, que son recibidos con plácet y agasajos en todas partes porque van repartiendo el dinero espléndidamente.

En fin, la *Comedia* española para.

Que da p...nas de meterse á bandido en lugar de ganar el pan con el sudor de la frente.

Libros:

Nú. zero extraordinario al Boletín del Centro artístico de Granada, dedicado á la memoria del socio fundador D. Valentín de Barrecheguren, é ilustrado con profusión de fotografías.

Los incendios, interesante folleto de D. E. Martínez Díaz, que contiene curiosas noticias sobre salvamentos, fútiles, etc., etc.

Una historia interestinil, es una de las más originales novelas de Alfonso Karr, y ha sido puesta á la venta por *El Folletín* al precio de una peseta. A los suscriptores les ha salido á veintiocho céntimos, Fuencarral, 119, Madrid, y principales librerías.

Los vampiros, zarzuela en un acto y en prosa, de D. Calixto Navarro, música del maestro Rubio, estrenada en el Teatro Eslava. Tiene un prólogo que arde en un candil materialmente.

Dolors, poesías de D. Federico Balart. Es inútil que nosotros, modestos gusanos de la literatura, recomendemos esta obra. Lo han hecho ya los doctores, y lo hace ella misma. El nombre del eminente crítico, que es además insigne poeta, nos parece demasiado alto para que le alcance nuestro elogio. Todas las personas ilustradas, que no son muchas desgraciadamente, habrán adquirido á estas horas este libro. Á las demás... como si no se les dijera nada de él. Precio: 3 pesetas.

Boda, tragedia y guateque, ó el difunto de Chuchita, sainete en un acto y en verso, de D. Javier de Burgos, con música del maestro Marqués, estrenado con gran aplauso en el Teatro Eslava, donde continúa representándose.

Cant á la patria valenciana, dedicado á la muerte del poeta D. Constantino Llombart, y premiado en certamen literario de Castellón. Poesía en dialecto valenciano, de D. P. Bonet Alicantarilla.

Almanaque-guia para los empleados de la Compañía Arrendataria de Tabacos. Contiene infinidad de datos, noticias y disposiciones de gran inte-

rés para la clase á quien está dedicado, y á la cual han prestado un excelente servicio con la publicación los Sres. D. Alberto Santas y D. Donato Lera, autores del libro. Precio: una peseta.

Pinturas, colección de poesías y artículos humorísticos del distinguido literato gallego D. Enrique Labarta Pose. Tomo III. Precio: 75 céntimos.

El traje misterioso, bufonada lírica en un acto y en verso, de los señores D. Ricardo Carros y D. Juan Lorente de Urraza, música del maestro Saou del Valle, estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Eslava, donde continúa representándose.

Quien más mira... juguete cómico en un acto y en verso, de los señores D. Luis Cocat y D. Heliodoro Criado, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Español.

Los anarquistas en Madrid, informe oral del eminente jurista don José Carvajal en defensa del procesado Debats.

Clases especiales, juguete cómico-lírico, en un acto y en verso, de Jackson Veyan, música del maestro Rubio, estrenado con gran éxito en el Teatro Romea.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. L. M.—Lo primero que se necesita es medir los versos como Dios manda. Porque verá usted:

«Vive frente á mi casa una Rosita
que con sólo mirarla las penas quita»

son dos versos desiguales... cuando usted no quería que lo fueran. Y así hay mucho. Respecto al asunto... está el mundo de eso de las vecinas hasta no poder más.

Sr. D. J. F.—Tiene el inconveniente la traducción de que ese pensamiento se ha manoseado con exceso á estas fechas. Por que ¿quién no ha dicho á una mujer que Dios le ha dado todas las perfecciones, pero la ha hecho el corazón de duro peñasco?

Sr. D. M. C.—Bilbao.—Se le remitió el libro; y se hubiera enviado de nuevo si recordáramos las señas de su domicilio. Pero si antes, con señas, se perdió, ¿qué haría ahora?

Titulacio.—«Lloro si canto, lloro si río,
y vivo triste como la tórtola»

viuda, le faltó á usted decir, porque son las que suelen estar tristes. Las otras no tienen motivo... ¡Por Dios! no hagan ustedes versos *A ella*.

A. C. I. T.—¡Pero si eso no es epigrama ni cosa parecida! Es una inocentada muy grande nada más.

Sr. D. M. de A.—Y ésas son dos inocentadas juntas.

Clarinet.—Del vecino que toca el cornetín y molesta mucho digo lo mismo que de las vecinas gaupas. Son asuntos cómicos que nos hacían mucha gracia hace veinte años próximamente.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.180.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación, libre de materias colorantes, es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 7 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.

Perfumerías, Droguerías y Peluquerías.

Por mayor: MELCHOR GARCÍA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOGA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID, 534.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 534.